



Estas mujeres son expertas en chapear marabú. /Fotos: Vicente Brito

Las mujeres del marabú

Más de 20 años de labor ininterrumpida distinguen a la única brigada femenina que en Cuba se encarga de desbrozar áreas cubiertas de malezas

Xiomara Alsina Martínez

Ver para creer, dice un viejo refrán popular y eso fue, precisamente, lo que experimentó el equipo de *Escambray* cuando en medio de un marabuzal, en áreas aledañas a Las Minas de Jarahueca, en el municipio de Cabaiguán, encontró a las únicas mujeres de Cuba que desde hace más de 20 años se dedican a la chapea de esas plantas espinosas y agresivas que aún invaden nuestros campos.

Desde la orilla del camino la vista se pierde en el espacio cubierto de maleza, donde solo el sonido del machete sirve de orientación, porque poco después sobresalen las figuras femeninas con sus atuendos de labor.

Llegar al sitio resulta también difícil, porque sobre el suelo áspero los gajos secos, que ya fueron derribados, dificultan el paso; solo ellas desandan con maestría el área, a pesar de que dentro de sus botas, de vez en cuando, los pies sangran por los pinchazos que les ocasionan las púas del marabú.

CON LA AYUDA DEL GARABATO

Niurka Jiménez González es diminuta, pero cuenta con una destreza para esta labor que impresiona. Al mirarla uno descubre su delicadeza, las uñas arregladas, el pelo pintado, nada que indique vestigio de descuido, a pesar de lo rudo de este oficio. Sin levantar la vista, avanza poco a poco para limpiar el cordel de tierra que le toca en esa jornada. “Cuando tiro el tajo siento que se me estremecen hasta las muelas, pero todo es cuestión de práctica; el machete debe tener peso para que se produzca bien el corte, y me auxilio del garabato para tratar de evitar que las ramas me corten la cara; pues aunque me protejo las manos con guantes y uso camisa de mangas largas, con el marabú no se juega.

“A veces llego a la casa y al quitarme la ropa descubro los arañazos en el cuerpo, y es que al calor de la chapea no me percaté en qué momento las espinas me hincan, así llevo 20 años, pero pienso seguir hasta que las fuerzas me lo permitan porque en Las Minas hay pocas opciones de empleo.



De vez en cuando hay un alto en la faena para dar filo al machete.

“Cuando entré a la brigada había como 10 compañeras y yo me inspiraba en Roselia, quien se jubiló recientemente, ahora pienso que si ella pudo llegar hasta el final, yo también puedo”.

Para Enoelia Pérez Quiñones, con 11 años aquí, la chapea de marabú es mejor que cualquier otra de las tareas que se realizan en la zona. “Yo prefiero dar machete antes que trabajar en la siembra o reforestación de las áreas, eso sí se las trae, porque uno debe caminar detrás del tractor con las manos llenas de bolsas, primero regando las posturas y luego sembrándolas; ¿y qué decir del carbón?, cuando nos toca hacerlo debemos cortar los troncos de aroma, conformar el horno, velarlo y cosecharlo, por suerte, los tres hombres que integran esta brigada nos ayudan bastante”, confiesa.

A GOLPE DE MACHETE

Un poco apartada del grupo estaba Marisela Jerez Guerra, la más veterana de todas, con 64 años cumplidos y siete en estos trajines. Hasta ella se acercó el equipo de *Escambray*, intrigado por la forma desenvuelta que esa mujer tiene para devorar la maleza. “A mí no me duele nada, y eso que cuando me uní a esta tropa nunca había cogido un machete en mis manos”.

¿Y cómo es que decide trabajar en la chapea del marabú?

“Porque el dinero hace falta y aquí, si cumplimos, ganamos un poco mejor que en otro trabajo, unos 350 pesos moneda nacional y 30 CUC. Antes era finquera de la Empresa Forestal, cuidaba los caprinos, pero eso se acabó, entonces no me quedaba otra opción que agarrar en la chapea o irme para la casa; y allá yo soy quien busca las cosas, porque mi esposo está enfermo, así que cogí el machete y aquí estoy”.

Con Madelaine Vera Pérez, la especialista en Silvicultura de la Unidad Empresarial de Base Agroforestal de Cabaiguán, la conversación se torna diferente. Ella explica cómo estas mujeres planifican su tarea, incluso, cuenta que caminan más de 5 kilómetros desde sus casas para llegar a los campos y luego regresar. También narra que deben irse en carretas para la zona de Pedro Barbas, donde radica la mayoría de las áreas de dicha entidad.

“El año pasado esta propia brigada atendió unas 30 hectáreas entre la chapea total o parcial y la siembra de árboles; pero en el 2017 nos propusimos incrementarlas a 40 hectáreas, con mayor incidencia en la actividad de chapea”.

Junto al desempeño de esta fuerza, calificadas como las mujeres del marabú, está también el papel que realiza la Federación de Mujeres Cubanas para identificar a las que como ellas asumen los trabajos más difíciles. Yusimí Álvarez, la funcionaria de Promoción en el territorio, aprovecha la visita para transmitirles una felicitación, a propósito del 8 de Marzo, Día Internacional de la Mujer.

Casi al regreso, la voz de Roberto Cañizares, uno de los tres hombres que acompañan a las macheteras diariamente, nos llega desde el medio de la maleza: ¡Oiga, espere!, escriba esto, en nombre también de Deivys y Roberto Javier, estas mujeres son bravas, se pegan duro con el machete en la mano y mientras chapean no se sienten ni bostezar, a veces miramos y lo único que vemos son las ramas caer y la gorra o el sombrero que les cubre la cabeza, nunca pensé que existiera tanta fuerza oculta en cada una de ellas”.

Pongo el corazón en mis manos

Para la enfermera trinitaria Yolanda Molina, con misiones en Angola y en Haití, el amor tiene un lenguaje común

Texto y foto: Arellys García

Enero del 2010. Hospitales de campaña levantados a solo pasos de las colinas de escombros. Dentro, niños con deshidratación extrema; personas con lesiones traumáticas, algunas de gravedad. Al lado de los enfermos, enfermeras y médicos cubanos, quienes, además de los efectos del cólera, las heridas y el dolor, intentan aliviar la desolación dejada por el terremoto tras su paso por Haití. Nace del país un grito que atraviesa el mar y solo pocos lo escuchan.

La señora Yolanda Molina Rodríguez quiso recordarlo todo porque son esas, a lo mejor, las vivencias más sobrecogedoras de sus más de 40 años de ejercicio dentro y fuera de Cuba. Todo ese tiempo para la hoy enfermera de los servicios de Pediatría del Hospital General Tomás Carrera Galeano, de Trinidad, el amor ha tenido un lenguaje común y ha roto, incluso, barreras geográficas, de idiomas y hasta las impuestas por los desastres naturales y epidemias, desempeño que le ha valido para merecer la distinción Servicio Distinguido de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la Manuel “Piti” Fajardo.

La señora Yolanda Molina Rodríguez quiso recordarlo todo porque son esas, a lo mejor, las vivencias más sobrecogedoras de sus más de 40 años de ejercicio dentro y fuera de Cuba. Todo ese tiempo para la hoy enfermera de los servicios de Pediatría del Hospital General Tomás Carrera Galeano, de Trinidad, el amor ha tenido un lenguaje común y ha roto, incluso, barreras geográficas, de idiomas y hasta las impuestas por los desastres naturales y epidemias, desempeño que le ha valido para merecer la distinción Servicio Distinguido de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la Manuel “Piti” Fajardo.

LA ENFERMERÍA, UN SACERDOCIO

En el pelo rubio, la cofia que un día decidió llevar con la altura tremenda de la virtud humana. “Quiero ser enfermera y de niños”, se dijo resuelta, primero, en sus juegos de muñecas; luego, a los pies de su hermana enferma. En 1978, la licenciada en Enfermería con un curso posbásico en cuidados intensivos pediátricos, comenzaba un sacerdocio que, para bien, aún a los 59 años de vida, ocupa sus días.

¿Cuál fue su bautismo de fuego?

“En 1981, Cuba enfrentó la epidemia de dengue hemorrágico; a raíz de ello se creó la sala de cuidados intensivos en el Pediátrico de Sancti Spiritus, y yo viví ese momento. Era muy difícil trabajar con aquellos niños; algunos estaban acoplados, tenían crisis de convulsión y el estado de gravedad exigía una vigilia constante. El equipo de trabajo batalló día y noche. Fue una de mis experiencias más intensas”.

EL DOLOR NO TIENE LATITUDES

Mientras en 1988 los combatientes cubanos libraban la épica batalla de Cuito Cuanavale, médicos y enfermeras internacionales también escribían historias en suelo angolano. Yolanda Molina tenía entonces 27 años

cuando llegó a Luanda.

“Aunque era enfermera intensivista pediatra, me pidieron que hiciera el mayor esfuerzo por atender a los niños más grandes heridos de guerra y a los oficiales y soldados cubanos. Realmente lo dábamos todo por cada paciente”.

Y las memorias de Haití, ¿cuántas veces las trae de vuelta?

“Aquellas carpas como hospitales llenas de niños enfermos de cólera, 40 o 50 cuneros, la tragedia del terremoto frente a ti a cada paso; esas imágenes no se olvidan.

“Lo primero que se me pidió —añade— fue capacitar al personal haitiano en relación con las vías endovenosas para reanimar a los niños con deshidratación.



Durante cuatro décadas, Yolanda se ha dedicado a la atención pediátrica.

“Al inicio, cuando me saludaban con *bonjour*, yo decía: ¡Ay, mi madre!, ¿qué será lo que me están diciendo? La comunicación se me hacía difícil; sin embargo, tuve la buena suerte de que un papá me enseñó algunas palabras en creole. Me busqué una agendita, apunté todo; a los 15 días ya me había aprendido los saludos y las preguntas fundamentales.

¿Qué dolores no pudo calmar?

Los que deja la pobreza, la ignorancia. Recuerdo a muchos niños que llegaban fallecidos por el cólera; primero, porque no tenían medios de transporte para traerlos, los bajaban en una hamaca de palo y el viaje duraba horas y hasta días. Segundo, porque ignoraban lo mortal que resulta el cólera, ya muy graves es que venían con la brigada médica cubana.

Hay enfermeras con manos de ángeles. ¿Qué tienen de especial las suyas?

Que pongo el corazón en mis manos al atender a cualquier niño.

¿Cuánto le dura la energía de ese beso?

Una eternidad. Por eso no tengo fijada la fecha para dejar la enfermería, mucho menos a los niños.